

parecía rayar en timidez. ¿Fué, por ventura, la excesiva moderación del documento, la que contuvo el brazo perseguidor y evitó mayores males á la Iglesia? ¿Fueron los acontecimientos posteriores, frescos aún en vuestra memoria? Á vosotros y á la posteridad reservo el arduo fallo que no me atrevo á pronunciar.

Permitidme que, sin seguir paso á paso el desenvolvimiento de sucesos que habéis presenciado, os lleve de un salto á la época en que, á fines ed 1889 celebró su jubileo sacerdotal. El extranjero que haya asistido á tan solemnes fiestas, que haya visto á los Obispos agrupados en derredor del Metropolitano de México, al numeroso clero é incontables fieles que demostraban con su actitud y sus palabras que pertenecían al Prelado sus corazones; que haya admirado la riqueza de la Basílica, la esplendidez de los regalos, la magnificencia de las obras emprendidas en Guadalupe; que haya observado la cortesía y mutua benevolencia de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, habrá podido creer que unida de nuevo la Iglesia al Estado y derogadas las leyes contra la primera, existía perfecto acuerdo entre el primer Magistrado de la Nación y los Obispos de las diversas diócesis, y que el Arzobispo cuyo jubileo se celebraba, era no sólo Prelado de una Iglesia y Metropolitano de una entre

varias provincias eclesiásticas, sino (como ha dado en llamársele) jefe de la Iglesia Mexicana, con potestad de jurisdicción sobre Obispos y fieles en toda la extensión de la República.

Nada menos cierto; pero esa unión de los Obispos entre sí, y con el principal Metropolitano; esa adhesión del clero y de los fieles al más insigne de sus pastores; ese acuerdo, aunque poco estable, entre las potestades seculares y eclesiásticas; esa prosperidad, aunque precaria, de la Iglesia y sus establecimientos de educación y beneficencia, son pruebas manifiestas de las conquistas llevadas á cabo en veinte años por el Arzobispo Labastida. ¿Inició él y dirigió ese movimiento hacia el orden y la moderación que se nota tiempo ha, ó no hizo más que seguirlo? ¿Creó él la situación, ó no hizo más que aprovecharse de las circunstancias? Como quiera que sea, es grande su mérito, y sería odioso el disputárselo. Cuando vemos entrar en el puerto una barca desmantelada y casi sumergida, ¿preguntamos por ventura si el piloto la movió con improvisados remos, ó si no hizo más que aprovecharse de las corrientes que la condujeron á seguro abrigo? No ofendamos con dudas inútiles al que tan bien supo guiar la desmantelada nave de la Iglesia de México.

De la Iglesia de México, sí; y al decir *México*

me refiero esta vez á las tres provincias eclesiásticas y á las diócesis todas de la República Mexicana. Al ver su tacto y su prudencia, al sentir, aun en las más remotas regiones, los buenos efectos de su política conciliadora, empezaron á recurrir á él uno á uno todos los prelados y á pedir su consejo y solicitar su protección. De igual manera la Santa Sede depositó en él su entera confianza, le encomendó negocios aun fuera de su provincia y del país, le consultó sobre el nombramiento no sólo de sus obispos sufragáneos, sino aun de los de Guadalajara, Michoacán y Guatemala, y suspiraba por acumular sobre él nuevos honores que redundaran igualmente en la gloria de México y de la América Española.

¡Ah! ¿Por qué no veo sobre ese féretro el capelo cardenalicio con que desde hace más de diez años deseaba el Papa León XIII condecorarlo? ¿Por qué, por qué... Señores? Se os ha revelado ya fuera de este recinto, y no necesito recordarlo. La dignidad cardenalicia no es meramente eclesiástica, y exige, para que se lleve sin desdoro, algo más que puras muestras de cortesía personalísima de parte de las potestades seculares. Que á más no ha llegado la benevolencia de los que hace tiempo rigen nuestros destinos, á nadie se oculta. ¿Habría pasado adelante si el Señor hubiera concedido al difun-

to Arzobispo aún algunos años de vida? De tal se lisonjeaba el leal Prelado, habiendo por fin encontrado, aunque con otro nombre, el ideal que en otro tiempo se forjara de un poder fuerte, reconcentrado en una persona, capaz de asegurar la paz, de fomentar la industria, de impulsar el progreso, de proteger las ciencias, de engrandecer el país y que no tardaría en conocer que para consolidar todos estos bienes era preciso buscar el apoyo de Dios. Ni en éste, ni en otros muchos puntos de menor interés vió logrado el fruto de sus continuos sacrificios, de la paciencia con que soportaba desaires personales é injurias á la Iglesia, del silencio que guardaba aun en medio de los mayores desmanes, por no retardar la obra de la pacificación que tan á pechos había tomado. Murió sin verla del todo lograda; y antes bien con el sentimiento de que el silencio guardado aun después de la reciente Encíclica del Papa León XIII contra el enemigo capital de la sociedad y la Religión, había sólo servido para dar nueva audacia y nuevos bríos á la hidra venenosa que el Pontífice quería sofocar. Murió sin ver terminada la obra grandiosa que en honor de la Patrona de México emprendiera en Guadalupe; sin haber inaugurado el templo que en honor del más grande de los mexicanos, San Felipe de Jesús, empezó

á levantar desde los cimientos; sin lograr que se restituyera á los Arzobispos de México el palacio monumental perdido durante su episcopado. En verdad, Señores, que no hubo antes que él Pastor alguno en la Metrópoli mexicana que tanto padeciera ni tanto luchara, que tan altas dotes poseyera para el gobierno de la Iglesia y del Estado; que tan sublimes proyectos concibiera; que tales virtudes mostrara. Y sin embargo ¿qué empresa suya pudo llevarse á término? ¿Qué designio no se vió frustrado? ¡Quiera el cielo apagar por fin el fuego de su indignación contra nosotros, que aún se mantiene vivo, é impide que nos aprovechen sus beneficios! *Similis illi non fuit ante eum rex, neque post eum surrexit similis illi. Verumtamen non est aversus Dominus ab ira furoris sui magni, quo iratus est furor ejus contra Judam.*

Al ver desaparecer á un Prelado tan insignificante cuanto desgraciado, quedanos el consuelo de que ha bajado á la tumba llevándose tras sí los corazones. La recompensa que prometió el Señor á los mansos, fué que llegarían á poseer la tierra; es decir, el imperio de las almas, el respeto, el amor, la gratitud universal; *beati mites quoniam ipsi possidebunt terram.* En ninguno mejor que en el grande Arzobispo de México ha tenido la promesa divina su pleno cumplimen-

to. Los mismos que hace veinticinco años habrían quizá derramado su sangre, se postraron después á sus plantas cautivados por su mansedumbre. Los que en público lo vilipendiaban, en secreto se deshacían en alabanzas de quien era tan fácil para perdonar, tan benévolo, tan generoso, tan dulce; que á todos socorría, á todos recomendaba, á todos oía con invicta paciencia. Quedanos el consuelo de que su muerte fué la de un monje. Su vida, siempre arreglada, siempre piadosa, había adquirido los últimos meses tal precisión, tal regularidad en sus prácticas religiosas, que parecía una larga preparación para la eternidad. Así es que, aunque no presentía su próximo fin, purificó su alma, no muchas horas antes, en el tribunal de la Penitencia, y se alimentó con el Pan de los fuertes, lejos aun de creer que le serviría de Viático en la celeste jornada. Era la tarde del 4 de Febrero. Según los usos de la Iglesia, desde la hora de vísperas había empezado el 5, consagrado al Protomártir de México San Felipe de Jesús. Terminado el oficio del día que espiraba, había recitado los maitines del siguiente y preparado los puntos de meditación para la mañana, cuando sin agonía, sin espasmos, sin dolores, entregó al Creador aquella alma que tan atribulada se había visto en la tierra.

Orad por él, Pastores que recibisteis de su mano la consagración episcopal. Orad, sacerdotes á quienes él confirió la sagrada unción. Orad, ¡oh fieles! que amasteis á aquél cuya diestra acumuló sobre vosotros tantos beneficios espirituales y temporales. Orad, los que lo escarnecisteis y vilipendiasteis.

¡Oh Cristo! que desoíste nuestras súplicas cuando te pedíamos que prolongaras sus días sobre la tierra: acoge benigno nuestras fervientes oraciones, hoy que imploramos para su alma la luz perpetua y el eterno descanso.



HOMILÍA

PREDICADA EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MEXICO
EL 8 DE DICIEMBRE DE 1889, CON MOTIVO DEL
JUBILEO SACERDOTAL DEL ILLMO. SR.
DR. DON. PELAGIO ANTONIO DE
LABASTIDA Y DAVALOS,
ARZOBISPO DE
MEXICO.

*Sanctificabis annum quinquagesimum:
ipse est enim jubilæus.*

Santificarás el año quinquagésimo: porque
es año de jubileo.

LEVITIC. XXV, 10.

ILLMO. SEÑOR: ¹



QUÉ significa este concurso, tan escogido como numeroso, cuya vista me llena al mismo tiempo de confianza y temor? ¿Por qué más de un Prelado abandona su diócesi, en una época en que ordinariamente se nos prohíbe ausentarnos de nuestras Iglesias? ¿Por qué tantos párrocos, tantos religio-

¹ El Illmo. Sr. Arzobispo de México.

Se hallaron presentes los Illmos. Sres. Obispos de León, Zacatecas, Puebla, Yucatán, Chiapas, Oaxaca, Veracruz y Sinaloa.